



LAS BIENAVENTURANZAS

—PARTE II—

Por Osvaldo Bouille

Todos los Maestros espirituales bebieron del mismo Grial, copa sagrada, de la Conciencia Infinita. Los une la misma Realidad que está más allá del tiempo y también la misma única intención: ayudar a los demás seres, para que todos, puedan beber de la misma Fuente Divina.

Pero cada uno al llenar la copa de los corazones anhelantes de Sabiduría, la impregna con un sabor especial, que ayuda a abrir los ojos de la ignorancia ante la Verdad. El néctar del “Amor Fraterno” queda asentado con fuerza y simplicidad en las enseñanzas impartidas por Jesús.

Las Bienaventuranzas de San Mateo

El Amor Fraterno, ese amoroso sentimiento de cuidado y cercanía entre los seres humanos, es una gracia divina que purifica el corazón y permite surgir la verdadera devoción que nos lleva a la visión de Dios.

Esta gracia divina de perfección, está contenida en las Bienaventuranzas ofrecidas en el evangelio de san Mateo, conocido como el “evangelio del discípulo”, y fue dada en la ladera de un monte, en esa maravillosa escenografía siempre presente, donde los discípulos se ubican a los pies del Maestro para recibir la sabiduría que hace ascender al alma. En esa circunstancia, Jesús, tomando la palabra les enseñaba diciendo:

1) Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

La expresión ser “pobres en el espíritu”, tal como se halla señalada en esta primera bienaventuranza, nos quiere significar en otras palabras, que debemos ser “humildes”. La práctica de esta virtud nos permite reconocer nuestras propias limitaciones y debilidades, y la necesidad de ser ayudados para progresar en el sendero espiritual.

Aquellos que poseen verdadero sentir por lo divino, que no hacen alarde de sus conocimientos y condiciones, expresando con naturalidad una actitud modesta de su personalidad, se preparan para aceptar lo que el maestro espiritual ha de ofrecerle.

Ser “pobres en el espíritu”, significa además que hemos despojado a nuestro ser interno de la confianza en las posesiones terrenales como fuente de felicidad perdurable, lo cual no

implica convertirnos en indigentes o privarnos de aquello que es esencial para la vida, sino de aquello que inquieta y distrae la mente y la aparta de Dios.

Así, vaciado nuestro orgullo por la humildad, cosechamos beneficios espirituales y un grado tal de plenitud interior que ningún tesoro de este mundo podría jamás compensar, mientras ascendemos en sabiduría para gozar del Reino de la eterna felicidad.

2) Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la Tierra por heredad.

Cuando sintonizamos nuestra voluntad con la voluntad Divina y nos entregamos a su guía, damos lugar a que la mansedumbre se exprese en nuestros corazones, creando así, una receptividad ilimitada para abrazar la Verdad.

De lo contrario, si nos dejamos llevar por la arrogancia, ese exceso de valoración de las cualidades de uno mismo, que nos lleva a perder la objetividad, y nos llena de un sentimiento de separación, vemos limitados nuestros derechos naturales de filiación divina; en tanto que las almas mansas, que se dejan moldear, como el alfarero a su vasija, se vuelven receptivas a las bendiciones plenas del cielo.

De este modo, las almas suaves y dulces, pero también firmes y fuertes, felices, y dispuestas a seguir una disciplina espi-

ritual, heredarán no sólo la Sabiduría Celestial, sino que también poseerán el contento en la tierra como buscadores de la Verdad.

3) Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

El lloro que Cristo llama bendito, surge cuando tomamos conciencia de hallarnos separados de Dios; nos envuelve entonces una divina melancolía que despierta en el alma un insaciable anhelo de reunirse con su Señor.

Ese intenso clamor anhelante por lo divino se manifiesta en nuestro interior, al percibir la diferencia entre el vivir distantes e indiferentes o cercanos y entregados al consuelo y sosiego del amor de Dios.

Para esto tenemos que estar atentos y no distraernos en los objetos de los sentidos, que provocan nuestro olvido de lo real y nos hacen sufrir cuando son arrebatados por el devenir de la vida terrenal.

4) Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Las palabras “hambre” y “sed” ofrecen una metáfora adecuada de la búsqueda espiritual. Sed de conocimientos para ac-

tuar conforme a la ley divina de la rectitud, y hambre interior de realización de la justicia absoluta, o sea, de Dios mismo.

Aquellos que cumplen con los deberes supremos de la vida, apreciando la virtud y la rectitud como verdadero alimento para calmar su hambre interior, se hacen acreedores de la felicidad perdurable, que surge del amor de Dios.

Porque cuando el alma busca intensamente el amor de su Amado, no se distrae en lo que no sea Él, siente tan intensamente el deseo de pertenencia, que provoca un hambre y una sed tan ardiente de unión divina, que es difícil no satisfacer.

Pero a veces, desorientados, procuramos apagar la sed del alma, con sustitutos que proceden del placer sensorial, desaprovechamos el verdadero alivio que ofrecen las prácticas espirituales en el encuentro del alma con Dios.

Al ir satisfaciendo las necesidades de anhelo espiritual interior, expresadas en las Bienaventuranzas anteriores, preparamos nuestro corazón para ser solidarios con nuestros hermanos, con la acción amorosa plena de misericordia, pureza, paz y manifestando fortaleza frente los embates de la intolerancia; como nos señalan las cuatro siguientes:

5) Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Corazón, corazón, si no sabes comprender, que derecho podrás reclamar, encomiéndate al Padre y la bondad te embargará.

La práctica de la misericordia nos propone una manera solidaria de actuar en las diversas circunstancias que la vida nos ofrece. Siendo atentos y cercanos a las necesidades de los otros, tolerantes y perdonadores, atenuando la rigidez del juicio severo y permaneciendo dispuestos con alegría a las necesidades del corazón bueno de nuestros hermanos.

El bondadoso sabio de la India, Patanjali, nos ayuda a entender el significado profundo de esta enseñanza, recordándonos que:

“Debemos cultivar el sentimiento de amistad para aquellos que irradian felicidad, sentir compasión para los que sufren, alegría en compañía de los virtuosos, y ecuanimidad con respecto a los errores de quienes nos rodean.”

Yoga Sutras, 33

Dejemos que Dios se manifieste a través nuestro, contemplando a la humanidad con los mismos ojos amorosos de un padre a sus hijos, olvidando rencores y agravios que provocan un sentir engañoso de separación y lejanía, e impiden vivir unidos, felices y en paz.

6) Bienaventurados los de limpio corazón porque ellos verán a Dios.

Afirmación divina, te quiero realizar mi corazón te busca con toda intensidad déjame percibirte Padre querido, colma mi alma de eterna felicidad.

Ver a Dios, es la meta suprema de la vida del hombre. Esta bienaventuranza es una invitación a restituir la perdida claridad de la Visión Divina, producidas por las impurezas que opacan la intuitiva visión del alma.

Para lograrlo, es necesario purificar el corazón. Cuando actuamos en forma amorosa, pleno de misericordia, compasivos y sin mezquindades, llenos de fe y devoción, Dios se devela en nuestro interior en forma tan clara y luminosa, como el esplendor dorado del sol radiante al amanecer.

En este sentido todas las escrituras sagradas se expresan en forma semejante. El Bhagavad Gita, la escritura eterna de la India, se refiere al estado de Bienaventuranza y divina percepción, que es propia de quien ha conseguido esa purificación interior:

“El ser armonizado por el Yoga de la devoción, ve morar a Dios en todos los seres y a todos los seres en Dios y a Dios ve doquiera”.

“Quien por doquiera Me ve y ve toda cosa en Mí, no perderá nunca en mí el sostén ni Yo dejaré jamás de sostenerle”.

B.G. VI, 29; 30.

A partir de ese estado inicial en que la conciencia del ser humano, se halla completamente bajo el hechizo del mundo ilusorio, indiferente a todo lo trascendente y Real; por la gracia de Dios y su esfuerzo personal, va progresando en fervor espiritual, hasta llegar a percibir la clara luz de la visión Celestial.

7) Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

La paz arraiga y florece en el corazón del hombre de realización espiritual, que ha comprendido que la vida no es el beneplácito de la sensibilidad colmada de ambiciones, sino que ha podido transmutar en el amoroso taller de su Ser todos los deseos egoístas, obteniendo así, la anhelada paz y serenidad.

El sagrado Bhagavad Gita nos señala en forma muy similar:

“Gozo supremo (Bienaventurados) le está reservado al Yogui de mente pacífica (pacificadores) y sosegada naturaleza pasional, que limpio de error participa de la esencia de Dios” (serán llamados hijos de Dios).

B.G. VI: 27.

En ese estado de celeste serenidad, podemos comprender la unidad que te mira en los innumerables ojos de todas las criaturas de la creación, donde la Verdad nos revelará que la paz es amor.

Y al expandir el amor, como un arco iris de colores que alegran, vibran distinto, se complementan y combinan, todos en perfecta armonía, así también la paz individual cuando se conjuga con otros corazones se vuelve colectiva, y expresan en conjunto un mundo de alegría.

8) Bienaventurados los que padecen persecuciones por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Quienes se adhieren fervientemente a la rectitud y no se doblegan ante la crítica injusta de los que no valoran la vida espiritual, y los incitan a claudicar en sus actitudes correctas, se hacen merecedores de un eterno de gozo celestial que disfrutarán en esta vida y en el más allá.

También esta Bienaventuranza, ofrece aliento a aquellos que al haber decidido aferrarse a los ideales de la vida espiritual, se sienten perseguido por las tentaciones de los silenciosos malos hábitos adquiridos; y si logran mantenerse en el camino recto del autocontrol y el amor a Dios, con el tiempo conquistaran el Gozo del cielo interior.

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Jesús nos alienta a superar con alegría la prueba del desprecio, sin ceder a la tentación de obrar mal para quedar bien, así, seremos merecedores de la felicidad que resulte de nuestros hábitos virtuosos y del sereno estado de equilibrio interior.

El sagrado Bhagavad Gita, expresa también, la estima del Señor por tales devotos:

“Quién inalterable se mantiene ante el amigo y el enemigo, en la fama y en la ignominia, en el calor y en el frío, en la dicha y en la pena, libre de aflicciones;

Que por igual recibe la alabanza y el vituperio, silencioso, del todo satisfecho con lo que le sucede, sin hogar propio, de mente firme y plena de devoción, él es a quién Yo amo”.

B.G. XII, 18, 19.

Debemos adherirnos firmemente a lo que sabemos que es correcto y en aquellas acciones cuyo fruto es el gozo sin sentirnos influidos por las alabanzas o las críticas y si por el contrario, estamos equivocados, debemos alegrarnos de contar con la oportunidad de corregir nuestros errores.

Así “*vuestro galardón será grande en los cielos*”, al permanecer en ese estado de eterna plenitud.

Ascender en cercanía a Dios

Las bienaventuranzas conforman en su conjunto un tesoro sagrado de ocho luminosas perlas, cada una refleja una virtud, las cuatro primeras brillan estando atentos a nosotros y las cuatro siguientes a las necesidades de los otros; y que pueden ser expresadas de la siguiente forma:

I) Atentos a nosotros:

1- “*Bienaventurados los pobres en el espíritu...*”

Humildad. Es esa actitud interior que nos permite ser abiertos y receptivos a los destellos luminosos que despiertan al corazón dormido.

2- “*Bienaventurados los mansos...*”

Mansedumbre. Al ser dóciles, suaves y libres de vanidad, entregamos nuestro corazón para ser guiados en el camino espiritual.

3- “*Bienaventurados los que lloran...*”

Esperanza. Cuando empezamos a sentir la aflicción que nos causa la soledad espiritual, buscamos aliviar la pena con el consuelo que sólo puede darnos el encuentro con Dios.

4- *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...”*

Rectitud. Al actuar correctamente cumpliendo con nuestros deberes en la vida, nos hacemos acreedores de la vida eterna.

II) Atentos a los otros:

5- *“Bienaventurados los misericordiosos...”*

Misericordia. ¡Divina cualidad del alma! que necesitamos practicar para recorrer la vida desde el amor, viendo a Dios en todos los seres y en toda ocasión, purificando así nuestro corazón de las ásperas envolturas de la incomprensión.

6- *“Bienaventurados los de limpio corazón...”*

Pureza. Al liberarnos de las influencias dualistas de la atracción y repulsión que maculan nuestro corazón, damos lugar a la Bienaventurada serenidad de la percepción divina del alma.

7- *“Bienaventurados los pacificadores...”*

Paz. Al percibir la naturaleza divina como quietud interior, dejando a un lado la avaricia y el egoísmo, lograremos vivir en armonía.

8- *“Bienaventurados los que padecen persecuciones por causa de la justicia...”*

Templanza. El dominio propio y la esforzada firmeza frente a los desmedros engañosos, nos mantendrá en el camino correcto y proveerá de divinas bendiciones.

Al cultivar las practicas mencionadas en estas Bienaventuranzas, podremos vivir en este mundo como en el cielo y sentirnos verdaderos hijos de Dios. Así nuestras vidas se volverán radiantes con la luz, el gozo y el infinito amor de nuestro Padre Eterno.

*Por el Prof. Osvaldo Bouille
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
